MADRE

Han pasado años

pero no encuentro cura

para la soledad que padezco

desde aquel día

de un octubre lejano

en el que tú te fuiste

y me quedé huérfano,

triste y desarbolado.

Sólo quedan consuelos,

vivir es necesario,

que van dejando huellas,

recuerdos y añoranzas

en libros publicados,

vulgar literatura

cuando a ti la comparo;

una andaluza fina,

de gente con arraigo

en un pueblo blanco

que nunca he olvidado.

Eras la vida

vivida con cordura,

amor equilibrado,

refugio en mi deriva

por mundos y caminos

a veces trompicados

que tu recomponías,

con un gesto, una mirada,

…un comentario.

Y en este discurrir,

tan diferente a aquel otro

para el que fui educado

–el mundo, madre,

se ha vuelto muy extraño–

tus consejos, tus palabras,

que siempre he recordado,

tienen el sabor antiguo

de los tiempos lejanos;

y a ellos sin embargo

me aferro como un náufrago

nadando entre tres aguas:

el presente, el futuro,

y el pasado.

Nunca podre olvidar

tu castellano bien hablado,

tu constante exigencia

por un aspecto adecuado,

tu pulcritud, tu rigor,

tu respeto a mi padre,

tu deseo esperanzado

que fuera hombre de bien,

alegre, generoso

y ocupado.

Espero, madre mía,

no haberte defraudado.